

CATEQUESIS SOBRE LA CARIDAD. PARROQUIA DE SAN RAFAEL.



En el Génesis, los hermanos Caín y Abel hacían ofrendas al Señor. Mientras Abel siempre ofrecía lo mejor de lo que producía, Caín era cicatero en las suyas, actitud que no termina de agradar del todo al señor. Caín siente tales celos de su hermano que termina asesinándolo. El Señor lo encuentra y le pregunta: “¿Dónde está tu hermano?”. A lo que le responde: “¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano? Aunque el caso de Caín es un caso extremo que llega hasta el crimen fratricida, la respuesta a la pregunta del

Señor: “¿Dónde está tu hermano? No es tan extraña: “No sé”.” No tengo ni idea”. “A mí qué me cuentas”. Lo hemos dicho y lo hemos oído infinidad de veces. El hermano nos da igual, nos da igual su suerte. Sálveme yo y él que por sus propios medios consiga su salvación... Pues bien, esto es imposible. El hermano y nosotros debemos ir juntos. Debemos saber el uno del otro. Debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para su felicidad. Tenemos la responsabilidad de su felicidad.

Dios prefiere a los pobres. Él mismo se hace pobre cuando estuvo entre nosotros. Pudiéndose haber encarnado en el más poderoso de los hombre, lo hace en una familia humilde. No se procura ni la pequeña habitación de una vivienda para nacer. Lo hace en un establo para animales en el que sus padres se refugian para pasar la noche y en el que la Virgen da a luz. La humildad de la familia de Jesús nos la transmite Lucas en su evangelio cuando nos relata que al cumplir sus padres con la obligatoriedad de presentar a Jesús en el templo, la ofrenda que realizan es de dos pichones, ofrenda reservada para los que no tenían grandes medios de subsistencia, en lugar de ofrendar un animal más grande y rico.

El primer acto de caridad en la encarnación de Jesús no parte de Él, sino de los pastores a los que el ángel da la buena nueva de su nacimiento y que, al ir a adorarlo, llevan a la familia aquello que necesitaran para salir del paso en circunstancias tan especiales. Al no estar en su casa sólo tendrían lo que buena mente pudieran transportar en las alforjas de una mula. Jesús nace pobre y entre los pobres y es el receptor de la caridad de los pastores, una prueba más de humildad.

Si volvemos al Génesis, Dios, al terminar la creación puso al hombre sobre la tierra y se la dio, no como propiedad donde ejercer su señorío, sino más bien como usufructo, uso de sus frutos, para que con su trabajo y los medios que esta le proporcionara se sustentara y, así también, mantuviese a su descendencia. La

propiedad privada que todos podemos disfrutar se justifica siempre que sea instrumento, no solo de nuestro bienestar, sino también del bienestar de los demás.

El hecho de haber nacido en los sitios más favorecidos de la tierra nos obliga a poner nuestros bienes al servicio de la prosperidad de aquellos que no han tenido tanta suerte, porque el mundo se hizo para todos. Debe existir una distribución justa de la riqueza que no caiga en los populismos, sino que atendiendo a los diversos carismas, ponga en servicio las capacidades de cada uno en la obtención del Reino Justo de Dios. Por supuesto que este tipo de justicia la debemos exigir a los gobernantes públicos, a los responsables de grandes áreas sociales, económicas, religiosas...pero por ellos no quedamos exentos nosotros de responsabilidad como cristianos de preocuparnos y, hacer todo lo que esté en nuestra mano, por conseguir la felicidad de nuestros hermanos. Debemos estar siempre atentos y ser sensibles a la pobreza, partiendo de un análisis serio de la realidad. Ojalá se pudiera hoy en día saltar la soberanía de muchos pueblos para poder llegar a los más necesitados con facilidad, y que al hacerlo, fuésemos capaces de respetar su cultura, su raza, su forma de pensar e incluso su religiosidad.

Muchos son los pasajes del evangelio dónde se alude a la caridad. Lo recogido en el evangelio de San Mateo: Bienaventurados los pobres, los que lloran, los que tienen sed de justicia, los que tienen hambre... Son las bienaventuranzas pronunciadas por Jesús en un monte cerca del mar de Galilea. Sigue este evangelio: Porque tuve hambre y me diste de comer, sed y me saciaste... ¿Cuándo hicimos esto? Cuando lo hicisteis a uno de estos a mí me lo hicisteis. Continúa el mismo Evangelio sentenciando que será apartado del lado del Jesús aquel que no obre según las bienaventuranzas.

En el Evangelio de San Marcos un joven rico se acerca a Jesús y le pregunta qué debía hacer para ganar el reino de los cielos porque él ya observa todos los mandamientos al pie de la letra. Jesús le responde: “ve, vende todo lo que tienes, repártelo entre los pobres y sígueme”. Como era tan rico esta respuesta le entristeció. Jesús más tarde dice a sus discípulos: “Qué difícil va a ser que un rico entre en el reino de los cielos”.

En la parábola del rico Epulión y el pobre Lázaro del Evangelio de San Lucas, Epulión es condenado por humillar y hacer pasar hambre a su sirviente y es Lázaro el que precisamente el que entra en el cielo a compartir el banquete divino.

Un Mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos a los otros como yo os he amado, dice Jesús contado en el Evangelio de San Juan y, en la carta a los Gálatas, llevad unos las pesadas cargas de los otros y cumplid así la ley de Cristo.

El mensaje de Cristo es claro: No podemos quedarnos indiferentes ante la pobreza. Tenemos que tomar parte activa para llevar al hermano la felicidad. Somos responsables de procurar la felicidad de nuestro hermano.

En la Iglesia la Caridad no es una acción más, sólo una acción solidaria, sino que forma parte de su propia esencia, de su naturaleza, naturaleza que se expresa en una triple tarea:

1º Obligatoriedad de anunciar la Palabra y el Evangelio (a esto se le llama Kerigma).

2º Obligatoriedad de celebrar los Sacramentos (es la Liturgia).

3º Obligatoriedad de la Caridad (a esto le llamamos Diakonía).

En el evangelio de San Juan, en la parábola de la Samaritana, Jesús pide a esta de beber y la Samaritana extrañada, porque los judíos no se hablaban con los de Samaría, le interpela preguntándole qué por qué hacía eso. Jesús entonces le ofrece el agua de la fe, que saciará su sed para siempre. La Iglesia no sólo se ocupa del bien material, de saciar la sed física, sino que se ocupa del hombre íntegramente y al hombre lleva la Palabra del Señor. El hombre que es digno de nuestro amor, al que debemos respetar su cultura, su forma de ser, de vivir, al que debemos invitar, no obligar, a participar de nuestra fe.

Sabemos que para atender las necesidades del hermano se crean estructuras y nos organizamos para ser más eficientes y facilitar las soluciones: "Caritas, Cruz Roja, Manos Unidas, Hospitales para pobres como en su día Jesús Nazareno, Las escuelas pías cuando el estado no garantizaba la alfabetización de la población, los miles y miles de proyectos que inician los católicos por el mundo de la mano a veces incluso de otras organizaciones....

Pero debemos ser desprendidos. En ocasiones estas estructuras ya no son necesarias, bien porque los hermanos atendidos han conseguido desarrollar suficientemente sus capacidades para ser felices, bien porque los estados atienden ahora necesidades que antes habían pasado por alto....bien por otras muchas razones. Debemos, en estos casos, dejar hablar a la providencia del Señor que seguro guiará nuestros pasos para que estas estructuras u organizaciones atiendan nuevas necesidades o puede ser que lleguen a desaparecer por falta de sujeto.

La Doctrina Social de la Iglesia se ocupa del hombre íntegramente, lo invita a sentirse partícipe y hermano, todo el hombre por ser hombre es válido y digno de amor: trabajadores, amas de casa, empresarios, jóvenes, niños... Se diferencia de otras doctrinas sociales, como por ejemplo la marxista, en que la caridad de la Iglesia no es sólo material y en que no se plantea al hombre en lucha de clases, sino como hermano y colaborador el uno con el otro.

Desde que conozco nuestra Parroquia de San Rafael sé que si algo ha conformado su carisma es su carácter caritativo y social.

En sus comienzos en los años Setenta no tiene templo, y a la vez que lo construye, también construye un colegio para los niños de este barrio que era uno de los más necesitados de cualquier clase de estructuras sociales de Córdoba.

Atiende y crea El Hogar Parroquial San Rafael para que los abuelos tengan su centro de Día. Desde el Hogar se van a realizar infinidad de actividades que atenderán a lo largo de los años a millares de personas mayores.

Desde los talleres de FRAPA se rescata la Cerámica que se realizaba en Córdoba y su Califato de los siglos X al XII, y con este rescate se conseguía que un grupo numeroso de discapacitados tuviesen una herramienta muy valiosa con la que desarrollar un trabajo digno y conseguir su sustento.

Desde el aula de Cultura de Frapa, y, desde el discapacitado, se atiende las necesidades de ayuda escolar y se realizan proyectos de integración social de jóvenes de nuestro barrio. También desde Frapa se crearon estructuras sociales y organizativas, como FEPAMIC, “la federación de discapacitados de Córdoba”.

Desde Caritas Parroquial, Manoli podría informarnos de la cantidad de familias que son atendidas en lo más esencial y a las que se acompaña: Alimentos, luz, agua.... Paco Cáceres de como con su grupo de cursillistas llevan la Palabra de Dios a la cárcel y celebran allí la Eucaristía, lo mismo Maruchi, su mujer, también con su grupo de cursillistas llevan la palabra al hospital psiquiátrico, También que alguno de vosotros colabora activamente en la cocina de la casa del transeúnte.

Pedro Moreno Corpas.